

LAS FIBRAS SENSIBLES

La había amado tanto que ahora, su alma, era solo tiempo encadenado.

Durante años había viajado hasta ella con las libélulas que habitaban su estómago, buscando el placer alargado de las horas a su lado. Buscando bailar sobre su cuerpo eterno. Buscando quemar el refugio que las cobijaba. Buscando un desgaste absoluto de las pieles.

Una vez se dejó caer en lo mas profundo de sus amaneceres y anduvo perdida días, semanas o meses tal vez. Ella nunca lo supo.

La claridad de su regazo deslumbraba las colinas de su pecho: aquellas cimas conquistadas con la pasión consumada bajo el palio de las tentaciones prohibidas. La deseaba profusamente, como una herida que sangra en espirales o el sudor vaporoso de una noche de agosto.

La amaba desde la distancia que le proporcionaba la brutalidad de una época confusa, cruel y egoísta. La amaba desde el escalofrío y desde el lamento. La amaba desde el miedo a que aquel amor se le escapase entre los dedos. La quería sin dudas: puramente. Como la mirada de un niño o el aleteo de una mariposa.

Una vez se besaron. Fue como probar la escarcha que duerme sobre la hierba, como soplar el viento contenido en el estómago, como escuchar la oscuridad de sus silencios. El aroma de sus labios trocó en una suerte de frágil tejido impregnado de lamentos. Una vez se besaron. Y fue como ver nacer el sol de medianoche o como tocar la luna. Un refugio en sus entrañas. Una vez se besaron. Y nada volvió a ser lo mismo.

Hace años, cuando eran tan solo unas adolescentes, hicieron juntas un viaje con sus familias. Era la primera vez que veían la playa. El primer beso. El único beso. Allí descubrieron que sus vidas eran lienzos destinados a los pinceles diletantes de lo vedado. Pero nunca imaginaron que aquel camino las conduciría a encallar en el puerto de las ataduras retrógradas y la constricción mental de una humanidad que se antojaba cada vez menos humana.

Aquellos cálidos dieciséis años parecían ahora dieciséis galaxias. Ancladas de por vida a un beso solitario: un fascinante naufragio que se enmarañó entre tanto vaivén de miradas tiernas y tanta desnudez imaginada.

La noche en aquella arena, ahora lejana, las recordaba con una grafía silenciosa, una firma que las ataba como una sentencia a un reo. Un infierno de amor que las quemaba. Un leve dolor que declinaba sus soles en una sucesión de atardeceres violetas. Una espina marcada a fuego con el hierro de la desesperación burguesa que las olvidaba lentamente.

La prosaica existencia que las mimetizaba en una sociedad denodada por extinguirse, era la misma sustancia pegajosa y oculta que las unía. Eran moléculas uniéndose y repeliéndose en un baile de electrones no apto para menores: el resplandor cítrico de las cascadas, emanando de unas bocas confusas y agitadas que desfilaban en procesión durante el solsticio eterno de aquel vibrante desvelo.

Cada segundo, cada momento, cada mirada, no era mas que un azote brutal para sus párpados. Deshojaban los instantes furtivos en látigos que restañaban entre sus sienes: irreverentes, soslayados, dormidos. Se ceñían las pupilas a un presente alternativo donde las cenizas de la desesperación se ungían sobre sus frentes ahogadas. Se respiraban -ambas- embriagadas por los aromas que acechaban silentes en el jardín olvidado de sus entrañas.

Con el incansable paso de los años, aquel amor se había alimentado con rescoldos humeantes de brasas oceánicas, con el azul del cielo que hacía infinito aquel sentimiento vetado, con el fulgor cautivo de las estrellas, con el anhelo de escuchar un "te amo" enfebrecido: el acuse de recibo de los corazones descalzos bajo el rompiente gris de la bahía.

Sucedió que los compases de aquellas melodías prohibidas se fueron acallando como el murmullo de la espuma marina o como un sendero bendecido por la quietud de lo oculto. En sus cuerpos solo quedaba la ausencia de aquel beso.

Se trasmutaban las pulsiones combatiendo el miedo que las atormentaba, pero también se abrigaban en una suerte de hibernación que las embestía, zarandeando sus interiores, hasta la necesidad del aliento extrañado, del combate perdido.

Las nostalgias revoloteaban en sus pechos maduros como luciérnagas en verano, resistiéndose a morir, a marcharse definitivamente, a romper el hechizo de aquella empresa imposible.

Seguían impregnadas de aquella brea espiritual que las ocupaba y que se anudaba a sus espacios desérticos y áridos por el coral sutil que vertebraba sus orillas; amándose tras aquellas formaciones pétreas, que no eran mas que las máscaras de un carnaval inundado de desesperación, polvo y tierra.

Y después...

...después quedaba el recuerdo de aquel beso, un arresto emocional enjaulado en estaciones de lluvias que empapaban el imaginario de sus cuerpos desnudos, mientras las nubes de sus horizontes se tatuaban en tormentas amarillas y febriles.

Pero el destino es caprichoso, y quiso el azar que décadas después de aquellos labios mojados bajo el salitre y el éxtasis, sus corazones volvieran a encontrarse.

Súbitamente.

Se quisieron beber al instante en incesantes tragos, se quisieron atar a la furia de aquella marea que las había arrastrado de nuevo a la playa de nácar, se quisieron perder en los bulliciosos manantiales de sus pestañas.

El fuego de sus hogueras se avivó como del rayo, y la intensidad de sus llamaradas se consagró a un espectáculo suicida de dardos impregnados en recuerdos y anegados de rutilantes miradas descendidas de aquel firmamento.

Se cubrieron de sándalo sus huesos, emanando aceites ígneos que las llenaban por momentos, a cada fracción de segundo, en cada rincón. Se habían amado hasta el ahogo en un ecosistema fracturado por lo imposible.

Mas allá del tiempo sin medida, del presagio velado por los tesoros inextinguibles de sus adentros, de las frentes ajadas por el devoro de un amor inconfesable y esférico, de la eternidad insomne que recorría sus cuellos arrugados.

Viajaron entre las sombras durante décadas, soñándose en sonetos de amor puros, eléctricos y ardientes. Se perdieron entre la bruma del ocaso de sus vidas... pero ahora se habían encontrado.

La fuerza nómada de sus brazos envolvía aquel momento eterno. Se miraron. Se tomaron las manos como dos adolescentes de dieciséis años y volvieron a repetir aquel beso. Y las galaxias de la nostalgia dejaron de brillar y entregaron su último aliento, rendidas, al latir intenso de aquel único elemento.

Y ahora estaban juntas.

Por fin.

Las dos.